

SOCIEDAD FILARMONICA DE VALENCIA



Era aspiración constante de las Juntas de Gobierno de nuestra Sociedad Filarmónica de Valencia, por ser aspiración legítima de sus socios, dar a conocer íntegra la magnífica *Novena Sinfonía* de Beethoven.

No se hubiera perdonado nunca ninguna Junta de Gobierno que después de más de cien años que tiene de vida esta genial composición—se dió la primera audición el 7 de Mayo de 1824—se oyera por vez primera en Valencia en lugar distinto al en que nuestros conciertos se celebran. Cerca de veinticinco años llevamos de existencia, y tantas veces como se ha pretendido realizar este deseo justísimo no se ha podido conseguir.

Había de estar reservado para el día de hoy el poder oirla íntegra e interpretada por orquesta, coros y solistas exclusivamente valencianos, gracias a la dirección exquisita, justa y fiel de este genial director doctor Heinz Unger, que por ser alemán puede sentir mejor que ningún otro la música alemana, y por ser un gran músico ha llenado en plena juventud, con su nombre, el mundo entero.

SOCIEDAD FILARMONICA DE VALENCIA

CURSO XXIV

AÑO 1934-35

CONCIERTO XX

439 DE LA SOCIEDAD
2 DE JULIO DE 1935

GRAN FESTIVAL BEETHOVEN

SOLISTAS:

Soprano. . . Carmen Andújar
Contralto.. . Vicenta Bordes
Tenor. Vicente Palop
Barítono. . . Emilio Cortes

ORFEÓ VALENCIÀ

ORQUESTA SINFÓNICA DE VALENCIA



Dirección general: Maestro Dr. HEINZ UNGER

TEATRO PRINCIPAL

A LAS 10'30 DE LA NOCHE

Yo quisiera que recordaseis la *Novena Sinfonía* de Beethoven. Yo no sé expresarme con musical tecnicismo; pero... al principio de ella oiréis disonancias, como voces dispersas, que gritan cada una por su lado, voces de gente que va descaminada, tal vez perdida. Después parece que esas voces se llaman unas a otras; todavía no se entienden ni se unen. Después ya parecen juntarse, y al llegar al *andante*, es como un recogimiento solemne del corazón y de la conciencia. Y al fin, en los *allegros*, las voces se unen y cantan una ronda de infantil alegría. Ya se unieron las voces perdidas y dispersas, ya es uno el corazón y uno el pensamiento ¡Y al fin, de la misma canción como de niños o de fiesta popular, se eleva un himno religioso, que es una elevación de las almas a la divinidad! «Un beso para el mundo entero», dice la oda de Schiller, que sirve de tema al inspirado canto, y un beso universal, el triunfo del amor sobre el mundo, dice la música, que yo no he podido oír nunca sin pensar que el mundo y su Humanidad no son otra cosa, en la mente de Dios, que una Novena Sinfonía, que sólo el amor de los hombres puede realizar sobre la tierra para gloria de Dios y de los hombres.»

(Conferencia de Jacinto Benavente: «Influencia del escritor en la vida moderna».)

CONCIERTO XX

2 DE JULIO DE 1935
A LAS 10.30 NOCHE

PROGRAMA



PRIMERA PARTE

Octava Sinfonía en fa, op. 93..... Beethoven

- I. Allegro vivace.
- II. Allegretto scherzando.
- III. Tempo di minuetto.
- IV. Allegro con brio.

SEGUNDA PARTE

Novena Sinfonía en re menor, op. 121..... Beethoven

**Con coro final sobre el poema
de Schiller "A la alegría"**

- I. Allegro ma non troppo un poco maestoso.
- II. Molto vivace. Scherzo.
- III. Adagio molto cantabile.
- IV. Presto. Recitativo. Allegro assai. Allegro assai vivace. Alla marcia. Andante maestoso. Adagio ma non troppo, ma divoto. Allegro enérgico. Allegro ma non tanto. Poco adagio. Poco allegro, sempre più allegro. Prestissimo.

Solistas, coros y orquesta.

SOLISTAS:

CARMEN ANDUJAR - VICENTA BORDES
VICENTE PALOP - EMILIO CORTES

CORO:

ORFEÓ VALENCIÀ

ORQUESTA:

SINFONICA DE VALENCIA

DIRECCIÓN GENERAL:

Dr. HEINZ UNGER

NOTAS AL PROGRAMA



Ludwig van BEETHOVEN

NOVENA SINFONIA

El viernes 7 de Mayo de 1824 fué ejecutada por vez primera en Viena la Sinfonía con «coros», obra a la que el sublime artista había consagrado toda la actividad de su potente genio durante dos años, y cuyo final habíale ocasionado infinitas penas, tal era el número de ideas que había acumulado sin saber por cuál decidirse para la interpretación de la «Oda a la Alegría», de Schiller. Al comenzar el año 1824, la obra colosal estaba concluída. Vióse entonces al músico, que por largo tiempo había permanecido recluso y consagrado al trabajo, errar ocioso por las calles de Viena y conversar alegre con los amigos que a su paso hallaba.

Algún tiempo después anunciaban los carteles, fijos en los muros de la capital austriaca, una gran sesión musical dedicada a las obras de Luis van Beethoven, para el día 7 de Mayo, en el Teatro de la Puerta de Carintía. El programa lo componía: Primero. Una gran obertura, compuesta en 1822. Segundo. Tres himnos de la misa solemne. Tercero. La gran Sinfonía con coros. Los solos serían cantados por las señoritas Sontag y Unger, y los señores Haizinger y Seipelt; y, añadían los carteles, «Luis van Beethoven tomará parte personal en la dirección del concierto.» El éxito artístico del concierto fué inmenso, memorable. Se cuenta que al llegar al *scherzo* de la novena, y cuando los tímpanos solos marcan el tema, el público no pudo contenerse, estallando en inmenso clamor y que obligó a callar la orquesta; los ejecutantes estaban emocionados, y Beethoven, entre tanto, debido a su sordera, ignoraba lo que ocurría. Al final del concierto el maestro fué objeto de una de las mayores ovaciones que recibió en su vida, y percibía esta ovación al ver agitar los pañuelos que le saludaban; no lo fué tanto el pecuniario, ya que, a pesar del numeroso público que ocupaba la sala, los gastos de administración del Teatro y de copias arrastraron consigo una inmensa parte de los ingresos, que quedaron reducidos para el autor a 400 florines. Des-

pués de la triunfal acogida lograda en Viena por la *Novena Sinfonía*, la colosal partitura beethoveniana, fué poco admirada y gustada por la afición y la crítica, que se resistía a seguir al artista en su vuelo libre y maravilloso, por luminosos mundos de fantasía.

Pero los años han pasado; estamos en 1846 y en Dresde, donde al frente de la orquesta de la Real Capilla figura como director Ricardo Wagner, que compartía los trabajos de la orquesta con «Kappeli-meister Reissiger». Wagner sueña y anhela ejecutar la obra sin par, en que su espíritu juvenil halla la iniciación hacia firmes y definitivas orientaciones, aquella partitura, cuyas «páginas misteriosas habíanme hecho caer en un éxtasis místico» (Wagner «Recuerdos de mi vida»). Las dificultades le cercan conforme adelanta en la realización de su idea, pero su voluntad férrea triunfa de todo, y la obra, al fin, es escuchada y comprendida a través de una ejecución entusiasta, vigorosa e intensa. Con el fin de hacer más fácil y asimilable al auditorio la obra y evidenciar la esencia expresiva de sus ideas sublimes, recurrió Wagner al gran poeta Goethe; y con versos arrancados de las primeras escenas de *Fausto*, trazó una especie de programa poético, en que se indica, con el vigor de las imágenes creadas por el verso, el desarrollo gradual y potente del drama profundo que late en la Sinfonía y que al fin va a resolverse en los entusiastas y triunfadores cantos «a la alegría», como las sombras se resuelven y desvanecen en las ondas luminosas de la sonriente aurora.

He aquí en breves palabras una síntesis de la magnífica interpretación wagneriana de la *Novena Sinfonía*:

Un combate del alma luchando por la felicidad contra la opresión de aquella potencia enemiga que entre nosotros y la felicidad se interpone. En algún momento creemos descubrir dulce y melancólico el rostro de la felicidad, pero la visión se enturbia y el alma se lanza a la lucha obstinada... Tal es el primer tiempo.

En el segundo nos invade inmediatamente una especie de furioso placer. Un extraño vértigo nos empuja. «Me entrego al desvarío, al goce más doloroso», dice Goethe. Pero en la parte central de este tiempo surge un tema tranquilo e ingenuo como representando sencillos placeres. No nos avenimos a reconocer tal satisfacción que nos parece limitada y otra vez el torbellino nos arrastra.

Bien diferentemente habla a nuestro corazón la pureza apaciguadora del tiempo tercero. En nosotros parece despertar el recuerdo de una felicidad lejana. Pero el corazón intenta resistir estas sugerencias celestiales que acaban por adueñarse de él.

Y en el último tiempo las voces y la orquesta se unen para alcanzar el ideal que la «Oda a la Alegría», de Schiller, proclama y que culmina al exaltar la alianza del amor universal consagrado por Dios:

«Abrazaos, millones de hombres! ¡Hermanos, más allá del cielo estrellado se encuentra un Padre amoroso!